

Viajes por Filipinas: De Manila á Albay

Viajes por Filipinas

De Manila á Albay

Por

Don Juan Álvarez Guerra

(Primera Edición)

Madrid

Imprenta de Fortanet

Calle de la Libertad, Núm. 29

1887

Al Excmo. Sr. D. Germán Gamazo

Dedica este libro como prueba de gratitud y respeto

Juan Álvarez Guerra.

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

CAPÍTULO I.

Quietismo.—

Fiebres termométricas.

—

D. Francisco

.—Una cartay una visita.—Proyectos de viaje.—El

Sorsogon

.—Fisonomíadel capitán.—Cubierta del

Sorsogon

.—Faenas de levar.—Enmarcha.—Bandera de saludo.—Bahía de Manila.—Naig.—Bataan.—Primeralmuerzo.—Luís.—Monomanía francesa.—Dos mestizas y un fraile.—Razas.—Gustos y aficiones.—

El puerto y la isla

.—Cavitey San Roque.—Enriqueta y Matilde.—Costas de Tayabas.—La oración de la tarde.—Francés y bicol.—Fuegos artificiales.—Discreteos.—El cementerio protestante.—Promesa.—Sueño.— ¡Fondo!—Tierra de Albay.

CAPÍTULO II.

Provincia de Albay.—Situación.—Etimología.—Pueblo de Albay.—Su aspecto.—Casa Real.—La Administración de Hacienda.—El Tribunal.—La cárcel.—Su mala disposición.—Obras principiadas.—Principios humanitarios convertidos en inhumanitarios.—Monumento á Peñaranda.—La iglesia.—El Gogong y el Lignion.—La raza bicol.—Estadística.

CAPÍTULO III.

El Mayon

CAPÍTULO IV.

Iraya.—Tabaco.—Sorsogon y Cantanduanes.—De Albay á Daraga.—¿Cagsauá Daraga?—Culebras domésticas.—Etimologías.—M. Montano y sus viajes por Filipinas.—Iglesia y cementerio.—

Pintacasi

de Daraga.—Gustos europeos.—Banquetes chinos.—

La bandala

.—Hospitalidad.—Recuerdos.—Días tristes.—Estadística.—Comparación de razas.—El patadeon.— La línea curva.—Mercado de Daraga.—Vendedoras de sampaguitas.—Tertulias al aire libre.—La casa de Aramburo.

CAPÍTULO V.

Mejoras.—Transformaciones llevadas á cabo por el canal de Suez.—Seis meses reducidos á treinta días.—Quietismo.—Mares bíflicos.—Orientales civilizaciones.—Nuevos gustos y aficiones.— Inmigración europea.—Comparaciones.—Notables variaciones.—La nipa y el hierro.—Maestrillos y arquitectos.—Sustituciones y copias.—Nivelación de gastos.—La

Encarnación

y la

María Fidela

.—Puertos del Pacífico y viejos continentes.—Intereses materiales y morales.—Reformas.— Escuelas municipales.—Lengua española.—Resistencia pasiva.—Desconocimiento del valor de las palabras.—Los enemigos del alma.—El discurso de un Gobernadorcillo. Y punto redondo.

CAPÍTULO VI.

Camalig.—Su etimología y situación.—Proximidad al volcán.—¡1814!—Barrio de Tondol.— Estadística.—Zonas abacaleras.—El padre Blanco y su Flora.—

Mutatoria

.—El ramio.—

Urtica-nívea.

—Competencia imposible.—Comparaciones.—Desconocimiento del abacá.—Exportación en 1885.— Núcleo de producción.—Abacá colorado.—Fuerza productiva—Beneficio del abacá.—Su riqueza.— Jornaleros.—Cotizaciones y ventas.—Márgenes.—Enfardaje.—Setenta y cinco por ciento de beneficio.—Precios del abacá.—El

buntal

, el

nito

y el

cabonegro

CAPÍTULO VII.

Guinobatan.—Etimologías.—Situación.—Estadística.—Mauraro.—Catástrofes originadas por el volcán.—Eternas amenazas.—La iglesia y la casa parroquial.—El bardo del Mayon.—

Tacay

.—El Padre Luís.—Aguas y nieblas.—El Banao.—El puente de Isabel II.—Destrozos originados por un tifón.—Un diminuto Galeno.—Los sobanderos.—El mediquillo herborista.—Cómica gravedad.—Pseudo enterradores.—Recetario.—Sucopia.—Autógrafo inapreciable.—Descanso.

CAPÍTULO VIII.

Ligao.—Su situación.—Etimología.—Historia.—Fundación.—Los libros parroquiales.—Primeras partidas bautismales.—El Padre Crespo.—Lafe y el patriotismo.—Veladas lírico-literarias.—Gramática bicol-española.—Ideas antitéticas.—Frey Pedro Payo.—Estadística.—Oás.—Su etimología.—Su fundación.—Jurisdicción de Oás.—Productos y estadística.—Párrocos europeos de la Raya.—Polangui.—Su etimología.—Su fundación.—Estadística.—Campos de Polangui.—Libon.—Etimología, situación, historia, productos, obras y estadística.—Antigüedad de su iglesia.—Regreso á la cabecera.

CAPÍTULO IX.

Prestación personal.

CAPÍTULO X.

Legaspi.—Correrías moras.—El comisario Juan.—Un viejo uniforme y una alma grande.—Cuatrocientas orejas moras.—Estadística.—El Tribunal, la iglesia y la casa parroquial.—La imagen de San Rafael.—Undeportado de tiempo de Narvaez.—El literato Fernández.—Alguaciles y maitines.—Las leyendas del capuntocan.—Teatro bicol.

CAPÍTULO XI.

Talía á la luz de un juepe.

CAPÍTULO XII.

La cueva de las calaveras.

CAPÍTULO XIII.

Partido de Tabaco.—Libog.—Su etimología.—Situación.—Fundación.—Una antigua iglesia.—Tifones é incendios.—Piraterías moriscas.—Canal de Bujatan.—Acumulación de arenas.—Datos estadísticos.—Ríos.—Productos.—Bacacay.—Su etimología.—Vicisitudes de este pueblo.—Estadística.—Malilipot.—Significación de esta palabra.—Barrios y estadística.—Productos.—De Malilipot á Tabaco.—Situación de este último.—Su fundación.—El Padre Lorente.—Un reloj de buena marcha y un cementerio modelo.—Barrios y visitas.—Estadística.—Productos.—Edificios.—Ríos y puentes.—Puerto de Tabaco.—Malinao.—Su etimología.—Su administración parroquial.—Rancherías de negritos.—Estadística.

CAPÍTULO XIV.

Tigbi ó Tiui.—Etimología de esta palabra.—Situación.—Estadística.—Historia.—Rancherías de monteses.—Sus usos y costumbres.—Bautizos.—Casamientos.—Inhumaciones.—

Day canamaolang padagason moan simong lacao

.—El

magnaguram.

.—El

dumago

.—El

tolodan

.—El monte

Putianay

.—Maravillas geológicas.—Solfataras.—Manantiales incrustantes de

Maglagbong

—Lago peligroso.—Formaciones silíceas.—Mr. Jagorante los manantiales de

Maglagbong

—La solfatara Igabó.—El cono rojo y el cono blanco.—

Geysers de Islandia

comparados con los de
Maglagbong
.—La tierra de las maravillas.—Nombres y apellidos—Confusiones.—El libro de vitácora de
Legaspi.—Caracteres físicos del agua de Tiui.

CAPÍTULO XV.

Los chinos en Filipinas.

CAPÍTULO XVI.

De Tabaco á Calolbon.—Isla de Catanduanes.—Situación.—Clima, terreno y productos.—Los primeros misioneros.—Calolbon.—Etimología.—Estadística.—Clero.—Medios para que se aprendiera el español.—Birac.—Su extraña configuración.—Censocivil y eclesiástico—Formaciones auríferas—La bandera y la lengua patria—Bato.—Situación, etimología y estadística.—Puente ybalsa.—Perecederas obras.—Viga.—Formas de locomoción.—El gran Cantilamo.—Expedición de recreo.—Los altos plenilunios—El Intiance bicol.—Etimología.—Estadística.—Payo.—Origen de esta palabra.—Censo tributario.—Bagamanot.—Etimología, situación, estadística y temperatura.—Ocupación de aquellos habitantes.—Pandan.—Origen de este nombre.—Productos.—Estadística.—Caramoran.—El por qué de este nombre.—Estadística.—Falta de una cifra.

CAPÍTULO XVII.

La cédula y el tributo.

CAPÍTULO XVIII.

Último rincón de la Iraya.—Manantial de Borogborocan.—Quipia.—Su historia.—Estadística.—Donsol.—Situación.—Censo civil y eclesiástico.—Azcune y Melliza.—Un buen astillero.—Música y escuela.—De Donsol á Pilar.—Límites.—Caserío.—El remedio cerca del mal.—Censo tributario.—El Catalina.—Partido de Sorsogon.—Castilla.—Su fundación, y etimología.—Límites y estadística.—Magallanes.—La María Rosario.—Restos de un astillero.—Las armas de Castilla.—Estadística.—Bulan.—Seno de Sorsogon.—Límites.—Productos y censo tributario.—Matnog—Viaje por tierra y por mar de Bulan á Matnog.—Etimología y estadística.—Bulusan.—Derivación de esta palabra.—Historia y cifras comparativas.—Volcán de Bulusan.—Barrios y población.—El indio y las galleras.

CAPÍTULO XIX.

De Bulusan á Barcelona—Situación y estadística.—Gubat.—Censocivil y parroquial.—Casiguran.—Su etimología.—Compos y productos.—Minas de azogue.—Estadística.—Juban.—Sus límites y población.—Sorsogon.—Puerto.—Iglesia y convento.—Supoblación.—Bacon.—Estadística.—Su párroco.—Isla de Bataan.—Minas de carbón.—Laguna de las Lágrimas.—El canto del calao.—Mantio.—Supoblación.—Resumen.—Retorno á la cabecera.—Últimos recuerdos.

CAPÍTULO I.

Quietismo.—
Fiebres termométricas
.—
D. Francisco
.—Una carta y una visita.—Proyectos de viaje.—El Sorsogon
.—Fisonomía del capitán.—Cubierta del Sorsogon
.—Faenas de levar.—Enmarcha.—Bandera de saludo.—Bahía de Manila.—Naig.—Bataan.—Primer almuerzo.—Luís.—Monomanía francesa.—Dos mestizas y un fraile.—Razas.—Gustos y aficiones.—

El puerto y la isla

.—Cavitey San Roque.—Enriqueta y Matilde.—Costas de Tayabas.—La oración de la tarde.—Francés y vicol.—Fuegos artificiales.—Discreteos.—El cementerio protestante.—Promesa.—Sueño.—¡Fondo!—Tierra de Albay.

Son las cuatro de la tarde del tres de Octubre de 1879 ... 37° marca el centígrado, y doscientas y pico de muertes acusa la fúnebre estadística de la última semana, siendo originadas en su mayor parte por una fiebre que los médicos llaman no sé cómo, ni me importa, pero que yo le doy el nombre de fiebres termométricas
, pues he observado que en casa donde un doctor aplica un termómetro, hay una baja en la vida, un pedazo de mármol menos en los talleres de Rodoreda, y una página más en los registros trienales de Paco
.

El

alquiler

de cualquiera de los cuartos de los tres pisos que tienen la barriada

de mi respetable

Sr. D. Francisco

, exige un pago adelantado de tres años; si al cabo de ese tiempo no se renueva el inquilinato, se hace el desahucio á golpe de piqueta, sin que nadie tenga derecho á quejarse, puesto que el casero

, por

boca

de la

Gaceta

, tiene la magnanimidad de conceder un plazo de veinte días.

¿Por qué se llamará

Paco

al campo-santo? Pregunta es esta á la que jamás han podido darme contestación.

Mientras hago estas observaciones, espanto los mosquitos, rompo el varillaje de un paypay y empapo de sudor dos pañuelos.

Ha pasado un cuarto de hora y el calor es insoportable.

Mi

bata

, que para ser un completo caballero solo le falta haber nacido en una cuna más alta, me alarga una carta, cuyo contenido me anuncia una espera en la visita de un amigo.

Del recibo de la carta al taconeo de mi amigo medió una hora larga, hora que no puedo datar en mi diario de trabajo, pues la despilfarré con la prodigalidad propia de un millonario, ó de un escéptico de veinte años.

Mi amigo, que se anunció con un resoplido digno de mejores pulmones—pues el pobre no los tiene muy sanos—tomó sillón y alientos.

—¿Has recibido mi carta?

—Sí.

—¿Presumes á qué vengo?

—No.

—Pues vamos al grano. ¿Quieres acompañarme á un viaje?

—¿Por mar ó por tierra?

—Por mar.

—Pero ¡hombre! tú estás empecatado. Es la época de los baguios.

El Comercio

no duerme por observar las burbujas del Pasig,

La Oceanía

mira de reojo á su vecino de enfrente, y el

Diario

profetiza, por boca de no sé quién, que el tifón está poco menos que soplando en los aldabones de la puerta de Santa Lucía, y piensas en viajes por mar. Vaya, vaya, tú estas malo y tratas de contagiarme.

—Pero, en fin, ¿me acompañas ó no?

—Te lo diré cuando contestes á varias preguntas: ¿Adonde vamos, ó mejor dicho, adonde piensas que vayamos?

—Vamos—dijo mi amigo con todo el entusiasmo de un
touriste

de pura raza—á la cuna del

abacá

, á la tierra de los volcanes, á dormir dos noches á la falda del Mayon, á pisar la boca de su cráter, á ser posible; á Albay, en fin.

—¿Quién manda el vapor? Pues presumo no pensarás en barco de vela.

—El barco se llama

Sorsogon

y lo manda X. Conque ¿te decides ó no?

—Te repito que cuando contestes á todas mis preguntas lo haré á latuya. Deseo saber de dónde es el capitán, su edad, estado, carácter, circunstancias de su mujer, si es casado, si tiene suegra, hijos, fortuna y...

—Quién es el sastre que lo viste y qué come, ¿no es verdad? Ni que esto fuera una oficina de policía ó una expendeduría de pasaportes. Ya estoy acostumbrado á tus genialidades, y como quiera que conozco perfectamente al capitán, puedo decirte es andaluz, joven, de buen humor, casado, su mujer es guapa y lo hace completamente feliz; tiene un chiquitín muy mono, algunos miles de pesos y no conoció á su suegra.

—¿Cuándo sale el vapor?

—El sábado cinco á las nueve de la mañana.

—¡Quico!—grite á mi criado.—Ten todo listo para embarcarnos el sábado de madrugada.

—¿Luego vienes? ¿Luego no tienes miedo á los baguios?

—¡Baguios! Baguios montando un buen barco mandado por un capitán inteligente, y por ende andaluz y joven, y rico, y con mujer guapa, y con hijos, y feliz, y sin suegra, no hay temor; yo no tengo nada de eso, su vida responde de la mía, de modo que
él cuidado

; por otra parte, me seduce este viaje, pues estoy aburrido de Manila y deseo conocer los pueblos bicoles. Toca esos cinco, y hasta el sábado á bordo del

Sorsogon

.

Mi amigo se marchó, yo me vestí y...

* * * * *

Han pasado dos días. Son las siete de la mañana y nos encontramos sobre la cubierta del

Sorsogon

. Un prolongado silbido pone en movimiento cadenas, cuerdas y motones.

El complemento de la humana actividad, lo representa el acto de llevar un barco. Todo se mueve, todo cruje, todo rechina. El anclaje agarra con sus dientes el lecho de algas en que ha dormido, el carbón chisporrotea en las parrillas dando aliento a los pulmones de acero de la caldera, los engranajes se ajustan, las dobles poleas hacen alarde de su potencia, las burdas, cabos y calabrotos, prueban su elasticidad, las cadenas hieren la cubierta, y en medio de toda aquella vida y de aquel movimiento en que nada está quieto, el barco se columpia libre de toda traba, combinando las palas de la hélice en el fondo de las aguas espirales remolinos que llevan a la superficie entrelazadas ondulaciones en las que se tejen las filigranas de espuma que deja en pos de sí la bullente estela.

El
Sorsogon
, que obedece las riendas de su timón con una precisión matemática, dobla el malecón del Sur plegando su bandera de saludos, con la que ha dado un cariñoso adiós al
Marqués del Duero
, una de las más hermosas naves de la Marina española.

De la bandera que saluda en lo alto de un trinquete a la que flamea en lo elevado de un muro, encuentro la misma diferencia que en el pañuelo que absorbe una lágrima al que reprime una sonrisa. El muro acusa confianza, su enseña define una patria; la nave indica un peligro, subbandera constantemente escribe en sus pliegues un desconsolador adiós de despedida. El primero, es la quietud, la segunda, el errante viajero que termina sus días o en la inhospitalaria playa que sepulta sus despojos, o en las embravecidas ondas que en vertiginoso remolino lo llevan a dormir el sueño eterno a sus misteriosos lechos de coral....

El
Sorsogon
navega a toda máquina por la extensa bahía.

Manila se achica, se contrae, se confunde, y por último, al aclararse las costas de Cavite, solo una faja de bruma señala en el horizonte el lugar de partida. Después, solo el anteojito percibe cual blanca gaviota posada sobre un copo de espuma, el torreón del faro: más tarde, la espuma se funde en el Océano, la gaviota desaparece en los mundos de la luz, la bruma se disuelve en los cielos, y al borrarse en la retina la última línea de la ciudad murada, se abre un nuevo registro en los misterios de los recuerdos. A la banda de babor tenemos las costas de Naig; a estribor las agrestes sierras de Bataan, y a proa la isla del Corregidor. Once campanadas resonaron en la cámara, y tres golpes fueron picados en la campana del castillo de proa. El almuerzo estaba servido. La presentación oficial a bordo se hace siempre en la primera comida. Al tomar posesión de un barco, cada cual se ocupa en arreglar su camarote, y en los pequeños detalles que trae en pos de sí la instalación en un nuevo domicilio, por más que esté reducido a un cajón de dos metros en cuadro.

En la primera comida a bordo no se descuida ningún perfil por parte de los viajeros. Luego más tarde entra la confianza y con ella el desaliño; pero lo que es la entrada primera en el comedor de un barco es irreprochable.

Ellas
se rodean de todos los pequeños detalles de la coquetería, estrenando, por supuesto, el indispensable traje de viaje. Antes de ponerse en marcha tienen que anunciarlo a las amigas, y al anunciarlo es preciso enseñar unas cuantas varas de tela cortadas y cosidas con arreglo al último figurín. El traje de viaje es tan indispensable como el de boda. Decir a una joven o vieja que encienda la antorcha de himeneo sin recubrir previamente su cuerpo con trapos nuevos y de seguro no da chispas
: anunciarle un viaje, que tenga siquiera un trayecto de una veintena de millas y no le presentéis antes un muestrario, y no hay viaje posible. Para una mujer en viaje
, su verdadero pasaporte es una factura pagada o no pagada de una tienda de modas.

Parapetado tras una tripada botella de lo tinto, y haciendo boca con media libra de salchichón, esperaba pasar una escrupulosa revista á cuanto se pusiese al alcance de mi vista.

Puesto que entre personas de tono, lo primero es la presentación, voy á ir presentando á mis bellas lectoras, y digo lectoras porque ellas son siempre más curiosas que ellos, los bocetos de mis compañeros á bordo. Seis blancas servilletas oprimidas en otros tantos aros de marfil, se ven sobre la mesa. Tres son las desconocidas ó desconocidos que me toca bosquejar, pues en cuanto al capitán y á mi amigo, ya los han visto ustedes, siquiera haya sido á la ligera. En el boceto del capitán poco tengo que añadir. ¿Quién de mis lectoras no conoce á un andalúz joven, buen mozo, bullanguero y galante? De seguro todas. Por lo tanto, al capitán ya lo conocemos. En cuanto á mi amigo, completaremos el cuadro con cuatro brochazos. Se llama Luís, tiene 26 años, es rubio, alto, delgado, viste á la francesa, come á la francesa, piensa á la francesa, y no es francés porque su madre tuvo la debilidad de aligerar su carga en cierto lugarejo del prosáico garbanzo y de la judía, que Luís jamás nombra porque cree es poco francés.

Luís se llama literato; pero conoce más á Balzac que á Cervantes, tararea música, pero á buen seguro que no podrá recordar un aire de Barbieri más siempre una cancionette de Ofembach. La revolución francesa, las jornadas del imperio y las encrucijadas de la Commune las recorre sin tropezar; en cambio da sendos traspiés al entraren el campamento de Santa Fe ó al pasear los campos de Almansa y de Bailén. A nuestras góticas catedrales y á nuestros moriscos palacios les encuentra el defecto de que al pié de sus muros se alce la albahaca silvestre y el agreste tomillo, circunstancias poco en consonancia con los monumentos franceses.

Luís, no tocándole la cuerda del chic, el esprit y el confort

, es un perfecto hombre en su juicio; pero en cuanto se traspasa el tabique de los Pirineos, enristra la lanza de Don Quijote y demuestra que en todos los siglos nacieron andantes caballeros. Luís tiene todas las condiciones para ser feliz, y sin embargo, no lo es. Continuamente le atormenta la idea de que no le planchan los cuellos á la francesa, y la de que no toquen los barcos de las mensajerías en Manila. La probabilidad de tenerse que ir en un barco español y el ponerse un cuello planchado con morisqueta le hacen completamente desgraciado.

En el tiempo que he invertido en dar los anteriores brochazos, han ocupado sus respectivos sitios dos mestizas, una vestida de sayal otra á la europea, y al lado de aquellas un anciano y reverendo padre franciscano.

El almuerzo era servido sobre cubierta, gracias á la amabilidad del capitán. Un doble toldo nos preservaba del sol, mas no de las brisas marinas que acariciaban los festones de la lona y de la potente luz de los trópicos que descomponía sus rayos en las talladas copas.

Las dos mestizas comían y callaban, el capitán servía, el fraile se reservaba, Luís mascullaba el prosáico español cocido, y un servidor de ustedes espiaba la ocasión para tomar un buen punto de luz que llenase por completo á mis modelos. Sobre la paleta tenía combinadas dos tintas desde que principié á analizar á las dos mestizas que comían frente á mí. Es imposible contemplar en criatura humana unos ojos más negros y aterciopelados, cual los que tenía delante, un pelo más en armonía con los ojos, y unos dientes más en contraposición con el color del pelo. Las dos mestizas indudablemente eran hermanas y no diré gemelas, pues á simple vista se notaba entre ambas una desproporción de edades, que si no llegaba á la suposición de que fuesen madre é hija, en cambio completaba la de que

eran hermanas. En sus fisonomías habíaragos salientes y notablemente acentuados, que denunciaban la unión de la raza europea con la raza india. La mestiza que lleva en sus venas una sola gota de sangre china, jamás puede confundirse ni con la cuarterona ni con la mestiza de india y europeo. Es imposible encontraren las razas humanas una fuerza de atracción como la que se nota en la china y japonesa. Que haya unión de chino y europea ó viceversa, y deseguro los hijos son chinos; que la haya de india con chino y la prole es china y siempre china, no dándose ni aun el caso del salto atrás, pues tan chino es el biznieto de chino como el tataranieto, por más que este nazca en Europa y no se conozca en la familia el más leve recuerdo del Celeste Imperio. Los ojos chinos no los corrige ni las conjunciones de sangre, ni el bisturí del operador, ni los cosméticos del tocador. La hija de mestiza europea y de padre europeo, ó sea la cuarterona, también se distingue y se define perfectamente, no dándole lugar á que se confunda con la mestiza pura de india y europeo. Esta última es morena, sus ojos por lo regular son negros, su nariz algo deprimida, su pelo largo y de gruesa hebra y sus labios ligeramente abultados. El rasgo característico que define á la cuarterona de la mestiza, es que esta última conserva en toda su pureza las tradiciones de su airoso y pintoresco traje. La saya suelta, la diminuta chinela, la bordada piña, el alto

pusod
, la aplastada peineta y los pequeños aretes, constituyen su atavío, que jamás deja, á no ser que la Epístola de San Pablo se encargue de modificar trajes y costumbres, cosa que suele acontecer, casándose con europeo. En este caso, unade dos: ó el europeo se hace indio ó la india se hace europea; y digo india, pues que las costumbres de la mestiza por regla general, son las mismas de su madre. Las impresiones, hábitos y costumbres de la infancia no se borran con facilidad; así que la morisqueta, el lechón, el pequeño

buyito

, el

lancape

, el petate en el suelo, el cigarrillo á hurtadillas, el pelo suelto y la decidida afición al

poto

, á la

bibinca

, al

sotanjú

, á la

manga verde

y al

gulamán

es muy difícil hacerlas olvidar: en cuanto á que dejen de coser sentadas sobre el petate y á que hablen castellano con sus criadas, eso es imposible. En cambio en la cuarterona es muy común encontrar tipos que no solamente no usan chinelas, sino que aun dentro de casa están oprimidas con el corsé y las botitas; cuarteronas que dicen no hablan tagalo, ni comen lechón ni morisqueta y que tienen cama en alto, suscripción á

La Moda Elegante

, batas encañonadas, pendientes largos y escote cuadrado. En reserva les diré á usted que con mucho sigilo me dijo en una ocasión una india que servía á una mestiza cuarterona, que ó pesar de todo cuando decía su ama, de cuando en cuando mascaba un chiquirritín

buyito

y saboreaba un cigarrillo; pero que siempre lo hacía teniendo cerca el cepillo de los dientes y el agua perfumada. En cuanto al lechón—me dijo la doméstica—que solía comerlo, pero pura y exclusivamente por no

desairar

á alguna amiga.

Con arreglo á los anteriores apuntes, no nos cabe duda que nuestras dos desconocidas son mestizas de pura raza: el traje de la mayor hace suponer que es casada, y casada con europeo.

Durante los primeros platos que se sirvieron no tomaron parte en la conversación.

Miraban y comían con el embarazo propio de quien sabe es observado. Varias veces que la hermana menor alzó los ojos, encontrándose á frente los míos, que procuraban investigar lo que se albergaba tras aquellas

negrísimas pupilas. El fondo de todo abismo es negro. Los ojos de la primera mujer que pecó no sé de qué color serían, perolos de la primera que obligó á pecar, de seguro eran negros. Habiendo notado que por momentos se cubría de palidez el rostro de lamás joven, no pude menos de interrogarla; su hermana se fijó un ellay repitió mi pregunta, con las circunstancias de hacerla más familiarly concluirla con un nombre.—¿Qué tienes, Enriqueta?—Nada,—replicóla interrogada,—sin duda un poco de mareo.—Vamos,—continuóaquella,—está visto que no puedes embarcarte ni en un bote; y esextraño; pues figúrense ustedes,—añadió dirigiéndose á nosotros,—queestá bien acostumbrada á la mar, pues ella es del Puerto y yo dela Isla.

—¿Caramelo!—dije en mi interior,—pues menudo chasco me he llevado,yo que creía habérmelas con dos hijas de este extremo Oriente y meencuentro de manos á boca con Cádiz y San Fernando disfrazados desaya y candonga

—Bien, pero esta señorita se embarcaría en ferrocarril.

—¿Cá! No señor—replicó aquella con la mayor naturalidad,—siemprenos hemos embarcado en baroto ó en parao

—Pero, señora, ni en Cádiz ni en San Fernando hay barotos, ni menos paraos

—Pero sí en Cavite y en San Roque.

—¿Ah! vamos, con que esta señorita es de San Roque y V. de Cavite.

—Cabal, ella del Puerto y yo de la Isla.

Entonces recordé que las caviteñas se llaman andaluzas, conociendoá Cavite por el nombre de la Isla y á San Roque por el del Puerto,siendo tan marineras y tan resaladísimas las dichosas niñas, queen una ocasión una de aquellas, que veía que á un chiquillo lo iba átirar el caballo que montaba, le gritó:—
¡Fondea,
muchacho,
fondea
!

El mareo de Enriqueta debió ir en aumento, pues antes de concluir lacomida se levantó, diciéndole á su hermana:—Acompáñame, Matilde.

Enriqueta y Matilde, pues ya sabemos sus nombres, abandonaron la mesa,quedando solamente el sexo fuerte.

El almuerzo terminó, y siguiendo la añeja costumbre, el fraile sedespidió de nosotros para buscar una tranquila y cómoda digestión enunas horas de siesta. En la ligera conversación que tuvimos durante elcafé, supe que aquel reverendo padre hacia la friolera de cuarenta ysiete años que arribó á estas playas. Mientras saboreó el café hablólargamente con su criado, quien en su larga práctica de quince añosque estaba á su servicio, debía conocerle perfectamente sus gustosy necesidades. Siento no poder trasladar ni una sílaba de lo que se dijeron, pues lo hicieron en bicol, única forma de entenderse,pues el criado no conocía ni una sola palabra de las que forman larica y armoniosa lengua castellana.

Sentados en cómodos sillones de bejuco y aspirando, sino el aroma,por lo menos el humo de un segundo habano, quedamos sobre cubierta,Luís, el capitán y mi persona. Se habló del viaje, de las costas queíbamos perdiendo en los horizontes y de varios episodios de abordoy,quedando, por último, en silencio, aletargados

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

